

## LA MUERTE DE JESÚS Y EL PLAN DIVINO

(borrador sin referencias bibliográficas)

A través de todo el Nuevo Testamento, en todos los libros menos los tres más breves (Filemón, 2a. y 3a. de Juan), hay citas y alusiones constantes a las escrituras hebreas que llegaron a ser conocidas entre los cristianos como el “Antiguo Testamento.” De hecho, según los índices de la 28a. edición del *Novum Testamentum Graece* (la edición crítica del Nuevo Testamento en griego), en los escritos del Nuevo Testamento hay más de 300 citas del Antiguo Testamento (muchos de los cuales vienen de la Septuaginta en lugar del texto hebreo), y varios miles de alusiones a pasajes de las escrituras hebreas— un promedio de más de 10 alusiones por capítulo.<sup>1</sup> Esto significa que los primeros seguidores de Jesús basaban gran parte de su mensaje en esas escrituras. Según los Evangelios, fue Jesús mismo el que citó pasajes de esas escrituras en su enseñanza, y en algunos momentos afirmaba que esas escrituras hablaban de él y de lo que estaba ocurriendo en su ministerio, aparte de lo que llegaría a ocurrir después, no sólo durante su pasión y muerte sino también después de su resurrección. Aunque muchos biblistas e historiadores dudan que Jesús haya previsto todo lo que le iba a ocurrir, de lo que no cabe duda es que sus primeros seguidores estaban convencidos de que esas escrituras habían hallado su cumplimiento en él. Tanto el Libro de los Hechos, que habla de lo que sucedió en los días, meses, y años después de la muerte y resurrección de Jesús, como las epístolas de Pablo, que son los escritos más antiguos que tenemos dentro del Nuevo Testamento, ofrecen mucha evidencia del abundante uso de las escrituras hebreas entre sus primeros discípulos.

Uno de los pasajes más importantes al respecto es 1 Cor 15:3-4, donde Pablo escribe: “Porque yo les transmití primero y ante todo lo que me fue transmitido a mí: que Cristo murió por nuestros pecados *según las escrituras*, y que fue sepultado, y que fue resucitado al tercer día, *según las escrituras*.” Este pasaje es muy significativo por tres razones. Primero, Pablo dice que la idea de que la muerte y resurrección de Jesús, y probablemente su sepultura también, habían ocurrido *de acuerdo a las escrituras hebreas* le había sido transmitida por otros creyentes, de manera que ya formaban parte de una

tradición que existió *antes* de que él llegara a la fe. Segundo, según Pablo, lo que le fue transmitido no sólo incluía la afirmación de que las escrituras habían hablado de antemano de la muerte y resurrección de Jesús, sino también una *interpretación* de la muerte de Jesús: las escrituras habían previsto no sólo que Jesús moriría, sino también que moriría “por nuestros pecados.” Esto significa que ya se utilizaban esas escrituras para atribuirle un valor *salvífico* de la muerte de Jesús. Y tercero, la ambigüedad de la frase “según las escrituras” que Pablo utiliza aquí *dos veces* da a entender que tenía en mente una *variedad* o *colección* de pasajes, lo cual sugiere que casi desde un principio eran muchos los pasajes que los primeros seguidores de Jesús citaban al interpretar el significado de su muerte y resurrección. Esto lo vemos en los relatos de la pasión y muerte de Jesús en cada uno de los cuatro Evangelios, pues es en esos relatos donde aparece la mayoría de citas del Antiguo Testamento que supuestamente anticipaban lo que ocurriría en los últimos días y horas de la vida de Jesús.

Sin embargo, como hemos señalado anteriormente, aun cuando tanto los cuatro Evangelios como el Libro de los Hechos afirman repetidamente que muchas de las cosas que ocurrieron durante la pasión y muerte de Jesús habían sido previstas y profetizadas en las escrituras, a primera vista los autores de estos escritos no utilizan las escrituras hebreas para desarrollar la idea de que esos eventos fueron *salvíficos*. Aparte de las palabras que Jesús pronuncia en la última cena, los relatos de su pasión y muerte en los Evangelios jamás afirman que su muerte fue “por otros” o “por sus pecados.” Pero como veremos en este capítulo, sería un error pensar así, pues en realidad esos relatos no sólo afirman que las escrituras hebreas habían previsto lo que ocurrió en la pasión y muerte de Jesús, sino también comunican claramente la idea de que todo lo que sucedió constituyó parte de un plan divino que Dios había concebido muchos siglos antes—un plan que tenía como propósito la salvación de los seres humanos.

## **EL CUMPLIMIENTO DE LAS ESCRITURAS EN LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS**

Casi desde el principio del Libro de los Hechos, Lucas señala toda una serie de profecías que fueron cumplidas en los días después de la resurrección de Jesús. Éstas incluyen la traición de Judas (Hch 1:16-20), el derramamiento del Espíritu Santo (2:16-21), el hecho de que Jesús no fue abandonado en el Hades (2:25-31), y su exaltación a la diestra de Dios (2:34-36). Sobre todo, se afirma que Jesús fue “entregado de acuerdo al plan predeterminado y el previo conocimiento de Dios” (2:23). A través del resto del libro, se presenta a los apóstoles utilizando las escrituras hebreas constantemente para

demostrar que Jesús es el Mesías o Cristo y que tanto su crucifixión como otros de los eventos que tuvieron lugar antes y después de su muerte también formaban parte del mismo “plan determinado” que Dios había conocido y concebido de antemano. En el capítulo 4, los creyentes de Jerusalén le dicen a Dios en oración, citando el Salmo 2: “Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Fuiste tú quien dijo por la boca de David tu siervo: ‘¿Por qué se alborotan las naciones, y los pueblos piensan cosas que no tiene sentido? Los reyes y los príncipes de la tierra se juntaron en uno contra el Señor, y contra su ungido (Cristo).’ Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad para actuar en contra de tu santo Hijo Jesús, a quien ungieste, Herodes y Poncio Pilato, junto con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer que todo lo que había sido determinado por tu mano de acuerdo a tu plan sucediera” (Hch 4:24-28).

En otros pasajes, tanto Pedro como Esteban y Pablo repiten estas ideas una vez tras otra, sobre todo en presencia de audiencias judías en espacios como el lugar donde se reunía el concilio judío o Sanhedrín y las sinagogas alrededor del imperio (Hch 3:18-24; 4:11; 7:52; 8:27-35; 10:43; 13:27; 17:2-3; 18:28; 24:14; 26:22-23). De hecho, Hechos termina con Pablo en Roma tratando de “persuadir” o “convencer” a sus oyentes judíos acerca de su mensaje sobre Jesús “desde la mañana hasta la tarde,” “tanto por medio de la ley de Moisés como por medio de los libros de los profetas,” antes de citarles las palabras de Is 6:9-10 según la versión de la Septuaginta para afirmar que también el rechazo del evangelio por parte de muchos judíos había sido profetizado desde muchos siglos antes (Hch 28:23-27). Esto era lo mismo que había hecho en Damasco inmediatamente después de su conversión: su repetido uso de las escrituras hebreas en las sinagogas ahí para demostrar que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios había enojado tanto a algunos de los judíos que éstos habían querido matarlo, por lo cual tuvo que escaparse por medio de una canasta que otros creyentes bajaron desde el muro de la ciudad para que luego pudiera huir hasta Jerusalén (Hch 9:20-26).

Lucas enfatiza las mismas ideas en su Evangelio. Cuando el Jesús resucitado va caminando con dos de sus discípulos rumbo a Emaús, les dice, “¿Qué faltos de comprensión son ustedes y qué lentos para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de ser glorificado?” Según Lucas, “luego se puso a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él, comenzando por los libros de Moisés y siguiendo por todos los libros de los profetas” (Luc 24:25-27 *DHH*). En seguida, Lucas relata lo que sucedió unas horas después, cuando Jesús se les apareció a los discípulos reunidos en Jerusalén: “Él les dijo: ‘Lo que

me ha pasado es aquello que les anuncié cuando estaba todavía con ustedes: que había de cumplirse todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los libros de los profetas y en los salmos.’ Entonces hizo que entendieran las Escrituras, y les dijo: ‘Está escrito que el Mesías tenía que morir, y resucitar al tercer día, y que en su nombre se anunciará a todas las naciones que se vuelvan a Dios, para que él les perdone sus pecados. Comenzando desde Jerusalén, ustedes deben dar testimonio de estas cosas. Y yo enviaré sobre ustedes lo que mi Padre prometió. Pero ustedes quédense aquí, en la ciudad de Jerusalén, hasta que reciban el poder que viene del cielo” (Luc 24:44-49). Es importante señalar que Jesús dice que las escrituras veían de antemano no sólo su muerte y resurrección, sino también la proclamación del evangelio a todas las naciones alrededor del mundo. Estos pasajes reflejan lo que aparece al principio de su Evangelio, cuando María y Zacarías se alegran de que por medio de Jesús, Dios iba a cumplir todas las promesas que había hecho a su pueblo Israel (Luc 1:54-55, 68-79), y cuando Jesús lee Is 61:1-2 en la sinagoga de Capernaum al iniciar su ministerio, diciendo que esas palabras se estaban cumpliendo en él (Luc 4:16-21; cf. Is 58:6).

El evangelista que más enfatiza el cumplimiento de pasajes de las escrituras hebreas en el nacimiento, ministerio, pasión, y muerte de Jesús es Mateo, probablemente porque su Evangelio fue escrito principalmente para creyentes judíos (Mat 1:22-23; 2:1-6, 13-23; 3:1-4; 4:1-4, 13-15; 5:17; 8:16-17; 11:2-5, 12-14; 12:15-21, 38-42; 13:13-16, 34-35; 15:7-9; 17:9-13; 21:1-5, 42-44; 22:41-45). Igual que Pablo al final de Hechos, Mateo y Marcos presentan las palabras de Is 6:9-10 además de Is 29:13 (LXX) para afirmar que el rechazo de Jesús por parte de muchos judíos había sido profetizado muchos siglos antes (Mat 13:1-15; 15:8-9; Mar 4:12; 7:6-7). Al principio del Cuarto Evangelio, Felipe le dice a Natanael, “Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en los libros de la ley, y de quien también escribieron los profetas. Es Jesús, el hijo de José, el de Nazaret” (Jn 1:45 DHH).

Los Evangelios también afirman muchas veces que la pasión y muerte de Jesús eran “necesarias.” Ya hemos visto esta idea en Luc 24:25-27, 44-49. Sin embargo, hay que insistir que lo que se afirma *no es que la pasión y muerte de Jesús fueran necesarias porque sólo así podía Dios perdonar a los seres humanos sus pecados, sino más bien porque sólo así serían cumplidas las Escrituras.* Cuando Jesús afirma la necesidad de su sufrimiento y muerte, siempre dice que es para que lo profetizado en las Escrituras sea cumplido (Mat 16:21; Mar 8:31; Luc 9:22; 18:31-33; 22:37). En Mateo, cuando Jesús es arrestado, le dice a uno de sus discípulos: “¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles? Pero en ese caso, ¿cómo se cumplirían

las Escrituras, que dicen que debe suceder así?" Luego agrega: "Todo esto sucede para que se cumpla lo que dijeron los profetas en las Escrituras" (Mat 26:53-54, 56). En Marcos, encontramos lo mismo (Mar 14:21, 49). Por su parte, a través de su Evangelio, Lucas utiliza el verbo griego *dei* para afirmar la necesidad del sufrimiento, la muerte, y la resurrección de Jesús (Luc 13:31-35; 17:25; 24:7, 26, 44).<sup>ii</sup>

Sin embargo, los cuatro Evangelios también señalan ciertos sucesos particulares como el cumplimiento de pasajes de las escrituras hebreas. Éstos incluyen la forma en que Jesús entraría a Jerusalén, su acción en el templo, su traición por Judas, el odio hacia Jesús sin que les hubiera dado motivo para ello, el abandono de Jesús por parte de sus discípulos, la repartición de sus vestimentas entre los que lo crucificaban, la sed que sintió Jesús en la cruz y el vinagre y la hiel que tomó, el hecho de que no se rompió ninguno de sus huesos, su muerte en compañía de malhechores, su sepultura a manos de un rico, y finalmente su resurrección (Mat 21:1-13; 26:20-25, 31; 27:3-10, 29-31, 34-35, 40-44, 57-60; Mar 11:1-11, 17; 14:18-21; 15:20-24, 27, 29-32, 43-46; Luc 19:28-40, 46; 22:21-22; 23:11, 33, 35-37; 24:25-26; Jn 2:17; 12:12-16; 13:18; 15:24-25; 16:32; 17:12; 19:23-24, 28, 33-37; 20:9). En muchos de estos pasajes, se afirma de manera explícita que algunos de estos sucesos tuvieron lugar "para que las Escrituras se cumplieran."

### *El desarrollo de las creencias sobre el cumplimiento de las Escrituras en Jesús*

Independientemente de la cuestión si esta forma de utilizar las escrituras hebreas comenzó con Jesús, podemos reconstruir en términos generales cómo se fue desarrollando entre sus primeros seguidores después de su muerte. Primero, si ellos aclamaban a Jesús como Mesías e Hijo de David, entonces todos los pasajes en los que se hablaba de la venida de un Mesías o hijo de David serían aplicados a él. Uno de estos pasajes era 2 Sam 7:12-16, donde Yahvé le promete a David que su descendencia permanecería sobre el trono para siempre. (ver Luc 2:32-33; Hch 3:22-23; Heb 1:5). También es importante recalcar que se tenía a David como autor de todos los Salmos, o por lo menos los que llevan su nombre. Entonces, decían que el Salmo 2, que habla del ungido de Dios (*Meshíaj* o *Cristos*), hallaba su cumplimiento en Jesús, como ya vimos arriba al citar Hch 4:25-26 (ver también Hch 13:33; Heb 1:5). En Is 11:1-10, se afirma que la "raíz de Isaí," quien fue el padre de David, traerá justicia y paz a la tierra (Mat 3:16; Rom 15:12; 2 Tes 2:8, cf. Salmo 72). Los seguidores de Jesús también citaban muchos otros pasajes de las escrituras hebreas que hablan del reinado justo de un hijo o descendiente de David, sobre todo de los Salmos e Isaías (Luc 1:68-79; 4:18-19; Hch 13:34; Rom 11:26; 15:21).

Una vez que habían llegado a estar convencidos de que Jesús había resucitado de los muertos y había ascendido al cielo, citarían pasajes como el Sal 16:8-11, donde el autor (supuestamente David) dice que Dios no dejaría su alma en el *seol* o en griego el Hades; este texto es citado por Pedro en su discurso en el día de Pentecostés (Hch 2:24-31; cf. 13:29-37). El Salmo 110:1 – otro Salmo de David – sin duda influyó mucho para que los seguidores de Jesús dijeran que se había sentado a la diestra de Dios (“El Señor le dijo a mi señor, ‘Siéntate a mi diestra...’” (Mat 20:23; Mar 12:36; Luc 20:42-43; Hch 2:34-35; Rom 8:34; 1 Cor 15:25; Ef 1:20; Col 3:1; Heb 1:13). Y si para ellos el primer versículo de ese Salmo aplicaba a Jesús, también debía aplicar el v. 4 del mismo Salmo: “Tú eres un sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Hebreos 7). Así se hablaría del Jesús resucitado y exaltado no sólo como *rey* sino también como *sacerdote*. La historia de Jonás también podía ser visto como anticipando que Jesús resucitaría “al tercer día,” aun cuando según los Evangelios Jesús sólo había pasado dos noches en la tumba (Mat 12:38-42; 16:4; Luc 11:29-32).

La manera en que fue juzgado y crucificado Jesús también llevaría a sus discípulos a aplicar ciertos textos a Jesús, pues varios de los Salmos de David hablan de sufrir, ser objeto de burla, y pasar sed. Según Mateo y Marcos, en la cruz Jesús había clamado, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?,” que son las palabras con las que empieza el Salmo 22. Nuevamente, si tomaban el primer versículo de ese Salmo como una alusión a lo que le ocurriría a Jesús, podrían aplicar otras partes a lo que había sufrido Jesús. Por ejemplo, los vv. 7-8 de ese Salmo hablan de la forma en que sus enemigos se burlaron de él, haciendo de él un objeto de oprobio, y menearon la cabeza diciendo: “Se encomendó al Señor; que él lo libre”; el v. 14 afirma que sus huesos se descoyuntaron – algo que de hecho sucedía cuando uno era crucificado; el v. 15 alude a su boca seca y su lengua pegada al paladar, y en los vv. 16-18 leemos: “Me han traspasado las manos y los pies. ¡Puedo contarme los huesos! Mis enemigos no me quitan la vista de encima; se han repartido mi ropa entre sí, y sobre ella echan suertes.” Asimismo, muchos de los versículos de Isaías 53 también se prestaban para describir lo que le había sucedido a Jesús: había sido despreciado y desechado, sufriendo dolores (v. 3), “azotado, despreciado por Dios, y abatido” (v. 4), herido y atormentado al cargar el pecado de otros (vv. 5-6), angustiado y afligido, pero sin abrir la boca, como un cordero llevado al matadero (v. 7), cortado de la tierra de los vivientes (v. 8), y muerto y sepultado como si fuera un hombre impío, a pesar de ser inocente (v. 9); pero después de sus aflicciones y de haber sido “contado entre los pecadores,” Dios le había dado vida, haciéndolo prosperar por largos días y dándole parte con los grandes (vv. 10-12).

Muchos historiadores y biblistas han argumentado que algunas de las cosas que aparecen en los relatos de la pasión y crucifixión de Jesús en los Evangelios en realidad no ocurrieron, sino que fueron inventadas posteriormente para poder afirmar que lo que estos pasajes describen se había cumplido en Jesús. En principio, ése podría ser el caso con respecto a algunos de estos sucesos: es posible que Jesús no haya gritado las palabras del Sal 22:1 en la cruz, que no haya ido a la muerte dócilmente “sin abrir la boca,” o que los que lo estaban crucificando no hayan echado suertes sobre sus ropas para luego repartirlas entre sí. Pero no cabe duda de que sufrió muchas de las cosas que estos pasajes describen, como las burlas, las heridas, las llagas, la sed y sequedad de boca, el dolor y la angustia, el descoyuntamiento de sus huesos, y su condenación como un malhechor a pesar de su inocencia. Lo mismo se puede decir con respecto a otros sucesos que narran los evangelistas, como su traición por Judas, así como el abandono y la dispersión de sus discípulos. Entonces, era lógico que aplicaran pasajes como éstos a Jesús (ver también Ex 12:46; 24:8; Núm 9:12; Sal 34:2; 41:10; 69:21; Is 50:6; Zac 9:11; 13:7; Mat 26:28, 31, 67-68; 27:26-31, 34, 39-44, 48; 27:35; Mar 14:18, 24, 27, 65; 15:15-20, 23-24, 26; Luc 22:37, 63-65; 23:11, 34, 36; Jn 13:18; 16:32; 19:1-3, 24, 28-30, 32-37; Hch 1:16).

Una vez que empezaron los seguidores de Jesús a interpretar así las escrituras hebreas, podemos imaginarnos cómo luego comenzaron a hacer lo que se afirma en Hch 17:11: escudriñar las Escrituras de principio a fin, buscando cualquier pasaje que pudiera ser aplicado a Jesús. Así como la serpiente de bronce había sido levantada en un poste o asta para que los que la contemplaran fueran salvados de su pecado, así había sido levantado Jesús (Jn 3:14). Así como se sacrificaba un cordero para la Pascua, así había sido Cristo sacrificado como un cordero pascual (1 Cor 5:7). De esta manera, fueron encontrado muchos pasajes que parecían prefigurar lo que había ocurrido no sólo en la pasión y muerte de Jesús, sino también en su nacimiento y durante su ministerio. Por eso, Lucas presenta al Jesús resucitado explicándoles a los discípulos que iban a Emaús “todo lo que decían de él todas las escrituras,” “comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas” –lo cual incluía también lo que había en los Salmos (Luc 24:27, 44).

Aunque hasta cierto punto era lógico y natural que comenzaran a leer así las Escrituras, dado lo que había pasado, se hizo más necesario y urgente encontrar pasajes que pudieran ser interpretados de esta forma al ver cómo la mayoría de judíos hallaban muchas dificultades para creer que un hombre que había sido condenado por el concilio judío y había sufrido la forma de muerte más cruel y vergonzosa que había—la crucifixión—fuera el Mesías que habían estado esperando. Este uso de las escritura

hebreas entonces respondía a una necesidad *apologética*: esto es, servía para defender como verdad lo que proclamaban acerca del Cristo crucificado, que según Pablo era para los judíos una “piedra de tropiezo” o “escándalo” (*skandalon*) y para los griegos “una locura” (1 Cor 1:23).

### *La lectura tipológica de las escrituras hebreas*

Al considerar muchos de los pasajes de las escrituras que acabamos de ver, es evidente que no eran propiamente *profecías*. De hecho, la mayoría de estos pasajes utilizan el tiempo pasado o pretérito de los verbos: así es con el Sal 16:8-11, el Salmo 22, e Isaías 53, que hablan de cosas que supuestamente *ya habían ocurrido* en el tiempo de Moisés, David, Isaías, y otros de los profetas. Por ejemplo, no se dice: “*repartirán* mis ropas entre sí” o “*será* azotado, despreciado por Dios, y abatido,” sino “*repartieron* mis ropas entre sí” y “*él fue* azotado, despreciado por Dios, y abatido.” Por eso, en lugar de hablar solamente de “profecías” acerca de Jesús, hablaban de eventos del pasado que habían *prefigurado* o *anticipado* lo que muchos siglos después le pasaría a Jesús. La Epístola a los Hebreos habla de estas cosas en términos de “tipos,” “figuras,” “símbolos,” “sombras,” o “antitipos” (*typa, hypodeigmata, skia, antitypa*) de lo que ocurriría en la época de Jesucristo (Heb 8:5; 9:23-24; 10:1; cf. Col 2:16-17). Esto lo llamamos hoy “tipología” debido al uso de los vocablos *typos* y *antitypos* en el Nuevo Testamento y posteriormente en los escritos de los padres de la iglesia.

En principio, había diferentes formas de entender la tipología. Se podría pensar que, en tiempos de Jesús, Dios había actuado de una forma misteriosa para que sucedieran cosas que recordarían eventos del pasado. Por ejemplo, en lugar de que Jesús muriera apedreado como después lo fue Esteban, Dios había actuado para que más bien fuera crucificado para que se pudieran ver como “cumplidas” cosas como las que leemos en el Salmo 22 e Isaías 53. Había movido a Judas a traicionar a Jesús, o a los soldados a echar suertes sobre su ropa, o que traspasaran las manos y pies de Jesús al crucificarlo para que eventos del pasado hallaran su “cumplimiento” en Jesús. Sin embargo, también se podía pensar que desde muchos siglos antes, Dios había planeado o previsto lo que ocurriría en la época de Jesús, y en algunos casos había revelado lo que ocurriría a personas como Moisés, David, o Isaías. Esto es lo que afirma Pedro el día de Pentecostés, por ejemplo. Después de citar Sal 16:8-11, donde el salmista (supuestamente David) dijo que Dios no dejaría su alma en el Hades, Pedro continua: “Hermanos, permítanme decirles con franqueza que el patriarca David murió y fue enterrado, y que su sepulcro está todavía entre nosotros. Pero David era profeta, y sabía

que Dios le había prometido con juramento que pondría por rey a uno de sus descendientes. Así que, viendo de antemano la resurrección del Mesías, David habló de ella y dijo que Dios no dejaría al Mesías en el Hades ni permitiría que su cuerpo se descompusiera” (Hch 2:29-31). Aquí, según Pedro (o Lucas), David sabía de antemano que muchos siglos después iba a venir el Mesías o Cristo, que lo iban a matar y sepultar, de manera que su alma descendería al Hades, y que luego Dios lo resucitaría de entre los muertos, antes de que su cuerpo empezara a descomponerse.

Algunos de los pasajes que ya hemos señalado arriba podían ser interpretados de la misma manera. Según esta forma de leer las escrituras, en el tiempo del éxodo de Israel de Egipto, Dios les había mandado a los israelitas que sacrificaran y se comieran un cordero pascual, pero sin romper ningún hueso del cordero, porque ya tenía la intención de que estas cosas se cumplieran en su Hijo. Asimismo, Dios había mandado que Moisés levantara una serpiente de bronce sobre un poste en el desierto porque quería dar una señal de lo que después le ocurriría a su Hijo, aun cuando los israelitas de aquel tiempo y posiblemente el mismo Moisés no entendían esto en aquel momento. Y cuando Dios hizo que Jonás pasara tres días y tres noches en el vientre del gran pez, eligió esa duración de tiempo para prefigurar lo que después sucedería cuando muriera su Hijo y resucitara al tercer día.

En las epístolas de Pablo, escritas unos 25 años después de la crucifixión de Jesús, ya encontramos esta clase de interpretaciones tipológicas. Ya hemos señalado 1 Cor 5:7, donde Pablo dice que “Cristo nuestra pascua (o cordero pascual) ya fue sacrificado.” Más tarde, en la misma epístola, desarrolla mucho más su interpretación tipológica de las Escrituras hebreas:

No quiero, hermanos, que olviden que nuestros antepasados estuvieron todos bajo aquella nube, y que todos atravesaron el Mar Rojo. De ese modo, todos ellos quedaron unidos a Moisés al ser bautizados en la nube y en el mar. Igualmente, todos ellos comieron el mismo alimento espiritual y tomaron la misma bebida espiritual. Porque bebían agua de la roca espiritual que los acompañaba en su viaje, la cual era Cristo. Sin embargo, la mayoría de ellos no agradó a Dios, y por eso sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Todo esto sucedió como un ejemplo (griego: *typoi*, plural de *typos*) para nosotros, para que no deseemos lo malo, como ellos lo desearon. Por eso, no adoren ustedes ídolos, como algunos de ellos lo hicieron, según dice la Escritura: ‘La gente se sentó a comer y beber, y luego se levantó a divertirse.’ No nos entreguemos a la prostitución, como lo hicieron algunos de ellos, por lo que en un solo día murieron veintitrés mil. Tampoco

pongamos a prueba a Cristo, como algunos de ellos lo hicieron, por lo que murieron mordidos por las serpientes. Ni murmuren contra Dios, como algunos de ellos murmuraron, por lo que el ángel de la muerte los mató. Todo esto les sucedió a nuestros antepasados como un ejemplo (griego: *typikōs*, adverbio derivado de *typos*) para nosotros, y fue puesto en las Escrituras como una advertencia para los que vivimos en estos tiempos últimos (1 Cor 10:1-11).

Según esta interpretación de las escrituras hebreas, cuando Dios hizo que el pueblo de Israel pasara por el Mar Rojo y los guio con una nube, fue porque quería dar de antemano “figuras” de lo que pasaría después de la resurrección y exaltación de Jesús, cuando sus seguidores serían bautizados, pasando así “por el agua.” Asimismo, les dio maná en el desierto para prefigurar la manera en que los seguidores de Jesús después comerían juntos del mismo “pan” (ver Juan 6:30-58) y les dio agua de la roca— que en realidad era Cristo en algún sentido— para prefigurar el hecho de que muchos siglos después los seguidores de Jesús tomarían juntos de la misma bebida. Esto podría ser una alusión a la copa de la Santa Cena, de la cual beberían todos (1 Co 11:25), o al bautismo, cuando “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Cor 12:13). Según Pablo, Dios hizo que ocurrieran estas cosas como *typoi* o figuras, y luego hizo que se pusieran por escrito a través de las escrituras para que sirvieran de “advertencia para los que vivimos en estos tiempos últimos.”

Encontramos algo parecido en Gál 4:21-31. Allí Pablo habla de la historia de Sara y Agar como una “alegoría” de lo que sucedería después al venir Jesús: “Pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Pero la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.” Por eso, los creyentes no son “hijos de la esclava,” sino “hijos de la promesa, como Isaac” (RV60). Según este pasaje, cuando Dios hizo que ocurriera lo que cuenta Génesis sobre Abraham, Sara, Isaac, Agar, e Ismael, tenía en mente los “dos pactos” que habría después de la venida, muerte, y resurrección de su Hijo, así como el hecho de que muchos de los que vivían bajo el primer pacto en realidad estarían bajo la esclavitud (como Agar e Ismael), mientras los que vivirían bajo el segundo pacto (los seguidores de Jesús, incluyendo los gentiles) vivirían en libertad.

Para nosotros hoy, esta lectura tipológica de las escrituras hebreas es muy problemática por varias razones. Primero, se nos ha enseñado que debemos buscar el significado de un texto bíblico en la intención del autor dentro de su contexto original.

Nos cuesta trabajo creer que cuando fueron escritas las historias sobre el paso de Israel por el Mar Rojo, la nube que guiaba al pueblo, la roca de la cual salía agua, el maná que caía del cielo, la serpiente de bronce, el nacimiento de Ismael e Isaac, y los tres días y tres noches que Jonás pasó en el vientre del pez, los autores bíblicos hayan tenido en mente lo que después ocurriría en la época de Jesucristo. En principio, se podría pensar que sólo era Dios el que sabía que estos eventos prefigurarían lo que sucedería después, y que los autores que escribieron estos relatos no lo sabían en su momento, pero sigue siendo problemática la idea. Segundo, hoy día la gran mayoría de biblistas dudan que Moisés haya escrito el Pentateuco y que David haya escrito todos los Salmos que supuestamente son de él (de hecho, la frase “salmo de David” que aparece en muchos salmos se puede entender en el sentido de que cierto salmo fue escrito para David por otra persona o que ese salmo se usaba en la época de David, y no necesariamente que David lo haya escrito). Entonces, pensar que David había visto de antemano la resurrección de Jesucristo y estaba hablando de eso al escribir el salmo que hoy conocemos como el Salmo 16 nos cuesta mucho trabajo.

Pero tal vez lo más problemático es la idea de que Dios ya sabía de antemano todo lo que iba a suceder, muchos siglos antes de que ocurriera. Por ejemplo, es muy común preguntar cómo Dios podía saber que Judas traicionaría a Jesús: ¿estaba Judas predestinado para hacer esto? Si afirmamos eso, es difícil culpar a Judas por lo que hizo, porque Dios ya lo había predestinado para ello y simplemente estaba haciendo lo que Dios había planeado de antemano que hiciera, cumpliendo con su destino. En realidad, éste es un problema que surgió desde un principio cuando se empezó a interpretar las escrituras hebreas de manera tipológica, pues como podemos ver tanto del Nuevo Testamento como de escritos como el *Diálogo con Trifón*, escrito por San Justino Mártir a mediados del siglo II, muchos judíos que no creían en Jesús como el Mesías veían las interpretaciones tipológicas como distorsiones de las escrituras. Igual como muchas personas hoy, no podían creer que Dios había predestinado o previsto en tanto detalle todo lo que sucedería muchos siglos después, para luego incluir alusiones bastante ambiguas y descontextualizadas a esos eventos en las escrituras hebreas.

[continuará, explicando entre otras cosas que los primeros seguidores de Jesús no entendían todo esto simplemente en términos de un “destino” que había que cumplirse, sino más bien como parte de un plan de salvación que Dios había concebido muchos siglos antes de Jesús]

Con el tiempo, la tipología se fue desarrollando aun más. Los pasajes del Antiguo Testamento que hablaban de agua eran relacionados con el bautismo, como podemos

ver en 1 Ped 3:20-21, donde se afirma que cuando ocurrió el diluvio en los días de Noé, por medio del arca que él preparó, ocho personas fueron “salvadas por agua,” y luego que “el bautismo que corresponde a esto ahora nos salva.” Los pasajes que hablaban de madera, un madero, o un árbol de alguna manera prefiguraban la cruz (Deut 21:22-23; Hch 5:30; 10:39; 13:29; Gál 3:13). Debido al hecho de que tanto en hebreo como griego, el nombre de Jesús es el mismo de Josué (*Yeshua, Iêsous*) significaba que, igual que Josué, se le podía ver a Jesús como un segundo Moisés que introducía o introduciría al pueblo de Dios en la nueva “tierra prometida.” Así como Salomón, el hijo de David, había construido el primero templo, Jesús como hijo de David también había construido un “nuevo templo” al establecer su comunidad de seguidores (1 Ped 2:2, 5; cf. Ef 2:20-22). Los mandamientos también podían ser interpretados de esta manera: en un sentido, los creyentes gentiles eran incircuncisos, pero en otro sentido recibían la verdadera circuncisión. En Rom 2:2-29, Pablo escribe que “no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra” (RV60; cf. Deut 10:16; 30:6; Jer 4:4). Asimismo, en Fil 3:3, Pablo dice que “nosotros somos los que hemos sido circuncidados, los que servimos a Dios en espíritu, gloriándonos en Cristo Jesús en lugar de depositar nuestra confianza en la circuncisión de la carne,” mientras que en Col 2:12 encontramos la idea que el bautismo es una “circuncisión espiritual.”

## EL PLAN DIVINO

Al ver los pasajes que hablan de lo que Dios había prefigurado y previsto lo que ocurriría en tiempos de Jesús y sus apóstoles muchos siglos antes, y dicen que era “necesario” que se cumpliera lo que estaba escrito en las escrituras hebreas, podríamos pensar que la intención de estos pasajes es simplemente resaltar la omnisciencia de Dios o afirmar que Jesús, Judas, y otros de los personajes mencionados tenían que cumplir con su “destino.” Sin embargo, sería un error concluir eso. Más bien, vistos en su conjunto, podemos ver que estos pasajes hablan de un *plan* concebido por Dios desde la antigüedad cuyo propósito era la salvación de personas de todas las naciones. La muerte de Jesús en la cruz era parte de este plan, pero sólo una parte entre muchas otras. Cuando se decía que era necesario que se cumplieran las escrituras, en realidad lo que estaba afirmando es que era necesario que se cumpliera *el plan divino* del cual hablaban esas escrituras.

## *El plan divino en las epístolas paulinas y otros de los escritos del Nuevo Testamento*

Encontramos la idea de un plan divino repetidamente en las cartas de Pablo. Si Dios había prometido bendecir a todas las familias de la tierra a través de Abraham y su “semilla” (Gál 3:14-16), y Adán había sido “figura (*typos*) del que había de venir” (Rom 5:14), entonces ese plan ya había existido en tiempos de Adán y Abraham.

Las dos cartas que hablan de manera más explícita de un plan divino son Efesios y Colosenses. En el primer capítulo de Efesios, se dice que los creyentes habían sido elegidos en Cristo “antes de la fundación del mundo para ser santos y sin mancha delante de él” y “predestinados para ser sus hijos e hijas adoptivos por medio de Jesucristo”; luego se hace alusión al “misterio de su voluntad” y su “buen propósito que estableció de antemano en Cristo,” que consistía en “reunir todas las cosas en él,” antes de repetir nuevamente que los creyentes fueron “predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas de acuerdo al designio de su voluntad” (Ef 1:4-11). Más tarde en la epístola, el apóstol habla del “misterio que me fue declarado por revelación” (3:3) y define su ministerio en términos de “dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio” (6:19). En Ef 3:5-12, leemos desarrolla más estas ideas el referirse a su

conocimiento en el misterio de Cristo, un misterio que no se había dado a conocer a otras generaciones de los hijos de los hombres en otras generaciones de la misma manera en que ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles comparten la misma herencia, forman parte del mismo cuerpo, y participan de la misma promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro en base al don de la gracia de Dios que me fue dada de acuerdo a las manifestaciones de su poder – a mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos – la gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las insondables riquezas de Cristo y de ponerles a todos en claro la manera en que se ha ido realizando este misterio que desde el principio del tiempo había estado escondido en Dios, que creó todas las cosas, con el propósito de que ahora en el tiempo presente se diera a conocer a los poderes y autoridades celestiales las múltiples formas en que se ha manifestado la sabiduría de Dios por medio de la iglesia, de acuerdo a lo que él se había propuesto llevar a cabo desde los tiempos más antiguos por medio de Cristo Jesús nuestro Señor, que nos da por medio de la fe toda la confianza e intrepidez que necesitamos para acercarnos a Dios. Por esta razón, les pido que no se desanimen al ver las aflicciones que estoy sufriendo debido a mi

trabajo a favor de ustedes, pues en realidad son algo que representa para ustedes la gloria (Ef 3:4-13).

Aquí el plan de Dios o “misterio” incluye no sólo la venida de Cristo, sino también el envío de apóstoles y profetas alrededor del mundo para hacer posible inclusión de gentiles en el pueblo de Dios.

Cuando la carta a los Colosenses afirma que todo fue creado *por medio* de Cristo y *para* Cristo, da a entender que no sólo Cristo sino también el plan o “misterio” que giraba en torno a él ya existía *antes* de la creación (Col 1:15-16). Aunque en Colosenses el “misterio” se define en términos de la presencia de Cristo en los creyentes, la epístola también menciona el envío o comisión de apóstoles como Pablo para dar a conocer este misterio que había estado oculto durante muchos siglos y habla no sólo de la inclusión de los gentiles sino también de su crecimiento y maduración (Col 1:21-28; cf. 2:2-3; 4:3). Asimismo, en Romanos la proclamación de Cristo y el evangelio sirve para revelar el “misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ahora en obediencia al mandato del Dios eterno ha sido manifestado con el fin de llevar a los gentiles a quienes se les ha dado a conocer en todo el mundo a la fe que se demuestra a través de la obediencia” (Rom 16:25-26). En la misma carta, Pablo afirma que “Dios predestinó a los que antes conoció a ser conformados a la imagen de su Hijo para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos y hermanas” (Rom 8:29). Su ministerio a los gentiles forma parte de este plan y fue anunciado de antemano en Isa 52:15 (LXX), que afirma que “aquellos a quienes nunca les fue anunciado acerca de él, verán; y los que nunca han oído de él, entenderán” (RV60). Aquí la referencia es claramente a los gentiles o naciones.

Encontramos las mismas ideas en otros pasajes de las epístolas de Pablo. En Rom 1:1-4, después de mencionar su llamado a ser apóstol, Pablo habla del evangelio “prometido de antemano a través de sus profetas en las sagradas escrituras, el evangelio acerca de su Hijo, descendido del linaje de David según la carne.” En 1 Cor 1:17–2:16, donde Pablo afirma nuevamente que fue enviado (*apostelein*, verbo relacionado con “apóstol,” que significa “enviado”), alude a la sabiduría oculta de Dios predestinada antes de los siglos que ahora ha sido manifestada por medio del misterio que él proclama, y citando varios pasajes del Antiguo Testamento, afirma que si los príncipes de este mundo hubieran entendido este misterio o sabiduría, no habrían crucificado a Cristo. En 1 Cor 4:1, se refiere a sí mismo y sus colaboradores como “siervos de Cristo y administradores de los misterios de Dios.” Aparecen ideas parecidas en 2 Cor 3:4-18, donde Pablo dice ser ministro de un nuevo pacto y afirma

que los judíos que no aceptan a Jesucristo no entienden sus propias escrituras, pues sus ojos y corazones están tapados por un velo, parecido al velo con el que se tapaba la cara de Moisés cuando descendía del Monte Sinaí (aquí vemos otra lectura tipológica). Sólo se quita este velo cuando uno llega a la fe en Jesús. Sin duda, Pablo tiene en mente pasajes como los que hemos visto arriba.

Para Pablo, este plan incluía el endurecimiento de los corazones de los miembros del pueblo de Israel. Desarrolla esta idea en Romanos 9–11 (cf. 1 Cor 2:19)—un pasaje que contiene más referencias al Antiguo Testamento que cualquier otro pasaje de sus epístolas. Para entender su idea aquí, debemos volver al Libro de los Hechos. El evangelio es proclamado primero a los judíos, y aunque hay algunos que lo aceptan, hay muchos más que no sólo rechazan el evangelio sino que se ponen a perseguir con violencia a los apóstoles. Debido a esto, no tienen otra opción que volverse a los gentiles con su evangelio (ver Hch 8:1-4; 13:13-52; 14:1-7, 19-23; 17:1-9; 18:1-21; 28.23-29). La idea de que Dios “ha endurecido” los corazones de muchos israelitas o judíos (Rom 9:18; 11:7) debe ser entendida en el sentido de que no sólo rechazaron el evangelio (por voluntad propia), sino que se pusieron a perseguir a los que lo proclamaban. O sea, igual como el Faraón ya había estado oprimiendo a los israelitas por voluntad propia *antes* de que Dios endureciera su corazón para que los oprimiera todavía más y se negara a dejarlos ir, según Pablo, Dios ahora había hecho que los judíos que no aceptaban el evangelio no sólo se quedaran apáticos o indiferentes ante su proclamación (en ese caso, los apóstoles probablemente habrían seguido tratando de convencerlos en lugar de volverse a los gentiles), sino también que persiguieran con violencia a los que proclamaban a ese evangelio. El resultado de esta persecución, entonces, había sido la dispersión de los apóstoles y el evangelio entre los que no eran judíos, como en Hch 8:1-4, donde los creyentes de Jerusalén fueron esparcidos debido a una gran persecución ahí, y como resultado su mensaje del evangelio también fue esparcido “por todas partes” (cf. Hch 11:19). Todo esto era parte del plan de Dios. Sin embargo, según Pablo, este endurecimiento no es permanente, sino temporal: el “misterio” es que “a Israel le ha acontecido un endurecimiento parcial hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles”; después “todo Israel será salvo” (Rom 11:25-26). Se ha interpretado este pasaje de muchas formas, pero lo importante es señalar que el propósito de Dios—o su “plan”—era endurecer los corazones de muchos judíos después de la resurrección de Jesús para que se opusieran de forma violenta a la proclamación del evangelio por parte de los apóstoles, y así entraran muchos gentiles a formar parte de su pueblo bajo su Hijo Jesucristo.

Encontramos la misma idea en otros de los escritos del Nuevo Testamento. En su Evangelio y Hechos, Lucas utiliza repetidamente el verbo griego *dei*, que significa “es necesario,” para hablar *no sólo del sufrimiento y muerte de Jesús*, sino de muchos otros eventos que formaban parte del plan divino que existió desde antes de los siglos: la proclamación del evangelio en Galilea y Judea durante el ministerio de Jesús, la traición y muerte de Judas, la selección de alguien para tomar su lugar, el ministerio de Pablo, sus sufrimientos, y su comparecencia ante el César en Roma (Luc 4:43-44; Hch 1:16-26; 9:6, 16; 19:21; 23:11; 27:24; cf. 14:22; 25:10). En Hch 1:7, el Jesús resucitado habla de los “tiempos y períodos fijados por el Padre según su autoridad soberana,” y más tarde Pablo les dice a los ancianos reunidos en Éfeso que les ha anunciado “el plan (*boulē*) de Dios en su totalidad” (Hch 20:27). En sus cartas, el mismo Pablo afirma que Cristo murió por los impíos “en el tiempo indicado” (*kata kairon*; Rom 5:6), y que Dios envió a su Hijo “cuando se había cumplido el tiempo establecido” (*to plērōma tou chronou*; Gal 4:4). En Mateo y Marcos, también se afirma que muchas cosas tienen que suceder antes del fin, incluyendo sobre todo la proclamación del evangelio a todas las naciones (Mat 24:6, 14; Mar 13:7, 10; cf. Luc 21:9). Según Hch 3:21, es necesario que Jesús permanezca en el cielo “hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de la cual Dios ha hablado por boca de sus santos profetas desde tiempos antiguos.” Los evangelistas también consideran muchos otros de los eventos que narran como parte de ese plan que fue anunciado en las escrituras desde antiguo (Mat 17:10-13; Mar 9:11-13; Mar 14:18-20; Jn 13:18-26; 17:12; cf. 18:9).

La idea de que el rechazo del evangelio por parte de muchos judíos llevará a la salvación de las naciones o gentiles aparece en muchos otros pasajes del Nuevo Testamento. Es un tema central en Mateo, donde desde un principio Herodes, el “rey de los judíos,” busca matar al niño Jesús, mientras los magos—gentiles y no judíos—reconocen y adoran a Jesús como Mesías (Mat 2:1-20). Durante su ministerio, Jesús manda a sus discípulos sólo a las “ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mat 10:5-6; cf. 15:24), pues éstos tienen que tener la oportunidad de escuchar y recibir primero el evangelio; pero después de su muerte, que representa el rechazo supremo de Jesús, el Evangelio termina con Jesús enviando a sus discípulos “a todas las naciones,” o “a todos los gentiles” (*ethnē*). Muchos otros pasajes del Evangelio anticipan las mismas cosas, incluyendo varias de las parábolas de Jesús (Mat 5:10-12, 44; 10:16-39; 13:24-30; 16:21-25; 21:28-46; 22:3-14; 23:32-39; 24:9, 14).

A veces se contrasta la luz y la vista con la oscuridad y la ceguera para afirmar que los judíos se han quedado ciegos, mientras a los gentiles se les ha abierto los ojos a la

luz, reflejando las palabras de Is 6:9-10 (Mat 4:15-16; 23:16-19, 24, 26; Luc 1:78-79; Rom 1:21; 2:19; 11:7-10; Jn 9:1-41; Ef 1:18, 4:17-18; 1 Ped 2:9; Ap 3:18). Lucas parece tener esta idea en mente al relatar tres veces la conversión de Pablo (Hch 9:8-19; 22:9-16; 26:12-23). También presenta a Santiago afirmando que la inclusión de los gentiles estaba profetizada en Am 9:11-12, de modo que fue algo planeado por Dios “desde tiempos antiguos” (Hch 15:13-18). Varios pasajes de Marcos también anticipan la inclusión de los gentiles y el rechazo de los judíos (Mar 11:12-14, 20; 11:12-14, 20; 12:1-12; 14:58; 15:29), e inmediatamente después de la muerte de Jesús, el primero que expresa su fe en él es un centurión romano, que exclama, “¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!” (Mar 15:39).

En Lucas, cuando Jesús empieza su ministerio leyendo Is 61:1-2 y diciendo que ese pasaje está cumplido en él como el que ha sido ungido por Dios para traer buenas nuevas, redención, liberación, y justicia, primero es bien recibido (Luc 4:16-21). Pero luego cuando señala que había muchos hambrientos en la época de Elías, pero éste fue enviado solamente a una viuda (no judía) en Sidón, y que había muchos leprosos en la época de Eliseo, pero el único sanado por él fue Naamán el sirio, la gente busca matarlo, obviamente porque estaba afirmando que en muchos momentos Dios les había dado preferencia a los gentiles (Luc 4:16-30). En otros pasajes, Jesús habla de los gentiles que juzgarán y condenarán a la gente (judía) de su generación (Luc 11:30-32; Mat 12:41-42). Al final del Evangelio de Lucas y al principio de Hechos, Jesús les manda a sus apóstoles no sólo a Jerusalén, Judea, y Samaria, sino hasta los “confines de la tierra” (Luc 24:47-48; Hch 1:8). Como ya hemos visto arriba, en otros pasajes cuando Pablo es atacado por los judíos, insiste en que irá a los gentiles. En Hch 22:21-22 y 26:17-24, los judíos se enojan frente a la idea de que Pablo ha sido enviado a los gentiles. En este último pasaje, Pablo insiste ante Agripa que su proclamación no contiene “nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: que el Mesías había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles” (Hch 26:22-23).

### *La muerte de Jesús como parte del plan divino*

Como podemos ver en este último pasaje de Hechos, la idea de que la muerte de Jesús formaba parte de un plan divino era de gran importancia para sus primeros seguidores. Al hablar de la necesidad de su muerte y del cumplimiento de muchas escrituras en él, la idea no es simplemente que había un destino que Jesús debía cumplir. Más bien, su pasión y muerte eran vistas como parte de un plan que incluía

muchas otras cosas tanto antes de su muerte como después – un plan que abarcaba todo lo que acabamos de ver. Sin duda, los sufrimientos y la muerte de Jesús, igual que su resurrección, constituían partes principales de este plan, o inclusive tal vez eran el centro de ese plan; pero lo que “tenía” que suceder y había sido determinado y anunciado por Dios de antemano incluía muchísimo más que los sufrimientos y la muerte de Jesús, pues ese plan contemplaba no sólo lo que había ocurrido al principio de la historia humana y en los siglos anteriores a Jesús, sino también lo que sucedería al final, cuando muchos gentiles llegarían a formar parte del pueblo de Dios y Jesús regresaría para establecer su reinado, el cual sería también el reinado de Dios.

Al mismo tiempo, los sufrimientos, muerte, y resurrección de Jesús habían sido necesarios no solamente porque formaban parte de un plan y eran previstos y prefigurados en las escrituras, sino también porque serían la consecuencia de su fidelidad a su tarea de *formar la comunidad alternativa de la que hablamos en el capítulo anterior*. En el pensamiento de los primeros seguidores de Jesús, la única forma en que Dios podía crear esa comunidad y lograr que fuera caracterizada por la clase de amor incondicional y solidaridad que él quería que existiera entre todos sus miembros era enviando a su Hijo a *dar su vida* – tanto en su ministerio como en sus últimos días, horas, y minutos – y entregando a su Hijo a la muerte cuando ese amor y solidaridad lo habían puesto en una situación en la que tenía que elegir entre el establecimiento de esa comunidad – lo cual sería posible sólo si seguía siendo fiel hasta la muerte – y el abandono de sus esfuerzos por formar esa comunidad para evitar la muerte. En fin, el plan divino contemplaba no sólo la muerte y resurrección de Jesús, sino también la creación de la *ekklēsia*, esto es, una comunidad de seguidores que sería caracterizada por el mismo compromiso y dedicación al bienestar de todos y todas que se había visto en Jesús.

Son muchos los pasajes del Nuevo Testamento afirman esta idea. Según el Cuarto Evangelio, Jesús tenía que ser levantado en una cruz – que significaba también ser levantado al cielo – para que a través de él gente de alrededor del mundo encontrara la verdadera vida – una vida que jamás tendrá fin (Jn 3:14-15; 8:28-29; 12:31-34). Sólo podía existir como Señor sobre una comunidad en la que todo giraría en torno al amor incondicional si estaba dispuesto a dar su vida para lograr ese objetivo y así llegar a ser Señor – un Señor dedicado únicamente al bienestar y la salvación de los miembros de esa comunidad (Jn 13:13-15). En Mateo y Lucas, las tentaciones que enfrenta durante los 40 días en el desierto tenían que ver con lo mismo (Mat 4:1-11; Luc 4:1-13): Satanás le ofrecía otras formas de establecer su señorío y reinado sobre los demás que no

requerirían de su sufrimiento y muerte, pero Jesús rechaza lo que ofrece Satanás porque esas maneras de establecer su señorío y reinado jamás podrían crear el tipo de comunidad que quería, una comunidad en la que todos estuvieran dispuestos a *dar la vida* por los demás en amor. Si Jesús no estaba dispuesto a sufrir las consecuencias de su amor por los demás y de sus esfuerzos por crear una comunidad caracterizada por ese mismo amor, jamás podía esperar ver bajo su señorío a una comunidad en la que todos estuvieran dispuestos a sufrir las consecuencias de su amor por los demás. Por eso, cuando Pedro intenta convencerle a no seguir su camino a Jerusalén, donde lo matarían, Jesús le reprocha y le dice, “¡Quítate de delante de mí, Satanás! (Mat 16:21-23; Mar 8:31-33). Pedro estaba diciéndole a Jesús lo mismo que le había dicho Satanás: que debía tratar de evitar el sufrimiento y muerte para salvar su propia vida y establecer su señorío y reinado de otra manera. Pero Jesús sabía que no había otra manera de formar la comunidad que él y su Padre querían, porque una comunidad de ese tipo sólo puede existir donde todos y todas estén dispuestos a negarse a sí mismos, tomar su cruz, y seguirle; igual que él, sus seguidores sólo podrían hallar la verdadera vida si “perdían” su vida, mientras si pretendían salvar la vida, la perderían, porque nunca llegarían a conocer lo que es la verdadera vida (Mat 16:24-26; Mar 8:34-35; cf. Luc 9:23-26; 14:27; Jn 12:24-25).

La idea de que la pasión y muerte de Jesús formaban parte de un plan divino concebido desde antes de la creación del mundo, cuyo objetivo era formar esa comunidad nueva y alternativa, también llevó a los primeros seguidores de Jesús a afirmar un par de ideas más que son de mucha importancia en el Nuevo Testamento. Primero, como hemos indicado arriba, si ese plan giraba en torno a Jesús desde el principio, entonces en algún sentido Jesús debía haber existido desde antes de la creación del mundo. Esta idea, junto con lo que había dicho y hecho Jesús durante su ministerio, también llevó a la conclusión de que Jesús era superior a la ley y todo lo demás que existía como Señor de todo y todos. Sin embargo, para ejercer ese señorío de la manera que quería y lograr el tipo de comunidad que quería, necesitaba dejar atrás su vida en el cielo y hacerse hombre, y luego dar su vida para crear esa comunidad. De esta forma, se hablaba de la pre-existencia de Jesús— aunque generalmente, se hablaba más de Cristo o el Hijo de Dios como pre-existente, y no tanto Jesús, pues en un sentido “Jesús” — esto es, “Jesús de Nazaret, hijo de José y María” — sólo había llegado a existir cuando el Hijo (o “Palabra,” *Logos*) de Dios se había hecho carne.

Al mismo tiempo, el hecho de que el Hijo de Dios había dado su vida al venir al mundo y morir en la cruz definía no sólo quién era él sino también quién era Dios, su

Padre. Él y su Padre habían actuado siempre juntos, como uno solo, en todo lo que Jesús había hecho. Así como afirma Jesús en el Cuarto Evangelio, todo lo que hace el Hijo lo hace también el Padre (Jn 5:19; 14:9-10; cf. 8:28; 10:38). Y como el Hijo había estado dispuesto a dar su vida por los demás durante su ministerio y luego durante su pasión y muerte, y el Padre había estado dispuesto también a dar o entregar la vida de su Hijo por los demás, enviándolo al mundo a cumplir con una tarea que tendría como consecuencia su muerte, se llegó a concebir a Dios de una nueva forma a la luz de Jesús y su cruz, y a la vez se llegó a concebir a Jesús de una nueva forma, como el Hijo de Dios que había dado su vida por los demás, no sólo al morir, sino también al hacerse hombre: como les escribe Pablo a los corintios, “Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a ustedes se hizo pobre para que por su pobreza ustedes se hicieran ricos” (2 Cor 8:9; cf. Fil 2:5-9). Por su parte, como afirma Juan en su Evangelio, el Padre y creador de todo lo que existía también había dado todo en amor cuando envió a su Hijo y lo entregó a la muerte: “Porque tanto fue el amor de Dios por el mundo que dio a su Hijo unigénito, para que toda persona que llegue a creer en él no se pierda sino que tenga vida eterna” (Jn 3:16).

Pero en un sentido, no sólo había existido Cristo antes de la fundación del mundo, sino también la comunidad de creyentes. No es que esta comunidad existiera en realidad, sino más bien existía como una idea o intención en la mente de Dios. Por eso, se podía afirmar que Dios había elegido o predestinado a los creyentes desde antes de que el mundo existiera. Pero con esto no querían afirmar que Dios había elegido desde la eternidad a ciertos individuos particulares, cuya existencia había visto de antemano en su omnisciencia y presciencia; más bien, lo que había previsto, predeterminado, y predestinado era *la comunidad en sí*. Precisamente quiénes llegarían a formar parte de esta comunidad todavía no estaba decidido, y quedaba por verse. Sin embargo, como Dios había determinado desde antemano que esta comunidad llegaría a existir, todos los que llegaban a formar parte de esa comunidad podían decir que Dios los había elegido o predestinado para ser sus hijas e hijos. Lo que querían decir con esto era que cada creyente que ahora formaba parte de esta comunidad podía incluirse entre los que Dios había elegido de antemano y predestinado, esto es, como miembro del pueblo elegido de Dios. Cada uno podía decir, “Dios me eligió a mí” en el sentido de que Dios había elegido a todos los que fueran a incorporarse a esa comunidad a ser sus hijos e hijas, y cuando un creyente era incorporado a esa comunidad, podía contarse entre los que habían sido elegidos para integrar esa comunidad. Si desde la eternidad Dios había determinado o predestinado la existencia de una “familia” cuyo “primogénito” o “hermano mayor” sería su Hijo—una familia en la que cada uno sería “hecho conforme

a la imagen de su Hijo” (Rom 8:29)—entonces todos los que llegaban a formar parte de esa familia para reproducir en sí mismos la imagen de ese Hijo, su hermano mayor, podían contarse entre los hijos e hijas de Dios que él había previsto, predestinado, y elegido (Ef 1:4).

Finalmente, si vemos todas estas ideas dentro del contexto del imperio romano, podemos ver nuevamente que eran bastante subversivas. No sólo se afirmaba que Jesús era superior al emperador, sino que se cuestionaba la idea de que el verdadero “pueblo elegido” por Dios eran los romanos, pues según los romanos, los dioses habían decidido desde mucho tiempo antes del ascenso de Roma que ésta estableciera su dominio sobre todo el mundo. Sin embargo, desde la perspectiva de los primeros creyentes en Cristo, eran ellos los que constituían el pueblo que el Dios verdadero había elegido de antemano, y no el pueblo romano.

## LA MUERTE DE JESÚS “POR OTROS” DENTRO DEL PLAN DIVINO

(borrador sin referencias bibliográficas)

Todo lo que hemos visto hasta aquí en los Capítulos 2–8 nos permite regresar al tema con el que empezamos el Capítulo 2: las fórmulas breves que se utilizaban entre los primeros seguidores de Jesús para referirse al valor salvífico de su muerte. Para entender cómo llegaron a desarrollarse ese tipo de fórmulas y qué significaban en su contexto original, tenemos que verlas dentro de la historia sobre Dios, Jesús, Israel, y la incorporación de los gentiles como miembros del pueblo elegido de Dios que contaban los primeros discípulos de Jesús y los autores de los escritos del Nuevo Testamento. Para hacer esto, podemos enfocarnos en tres de los temas que hemos visto al hablar del Antiguo Testamento: la labor y la muerte de los profetas, el pasaje de Isaías 53, y las creencias judías en torno al culto sacrificial que ofrecían a Dios de acuerdo a la ley de Moisés en la antigüedad.

### LA MUERTE DE JESÚS COMO LA MUERTE DE UN PROFETA

No cabe duda de que Jesús fue considerado como profeta durante su ministerio. Según los Sinópticos, cuando Jesús les pregunta a los discípulos, “¿Quién dice la gente que soy yo?,” ellos responden que muchos lo ven como “Elías, Jeremías, o alguno de los profetas” (Mat 26:24; Mar 8:28; Luc 9:19). En otros pasajes de los Evangelios, diferentes personajes se refieren a Jesús como profeta (Mar 6:15; Luc 1:76; 9:8; 24:19; Jn 4:19; 6:14; 7:40, 52; 9:17). Mateo dice que cuando Jesús entró a Jerusalén, la gente de la ciudad decía, “Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea” (Mat 21:11, 46). Según Mat 13:57, Mar 6:4, Luc 4:24, y Jn 4:44, Jesús inclusive se refería a sí mismo como profeta. En las predicaciones que aparecen al principio del Libro de los Hechos, se afirma que Jesús es

el profeta que, a través de Moisés, Dios había prometido levantar (Deut 18:15-19; Hch 3:22-23; 7:37; cf. Jn 5:46).

Es importante señalar que en griego la palabra “profeta” se refiere no sólo a alguien que habla (*fēmi*) por parte de Dios sobre lo que sucederá en el futuro (*pro* en el sentido temporal, como “antes”), sino también alguien que habla por parte de Dios *delante* de otros (*pro* en el sentido espacial, como “ante”). Por supuesto, según los Evangelios, Jesús hizo las dos cosas. Pero al comunicar la palabra de Dios, como hemos visto, tanto lo que decía con respecto a la venida del reinado de Dios en el futuro como lo que decía con respecto a su propio tiempo—no sólo al hablar y enseñar sobre el amor incondicional sino también al denunciar a los que estaban oprimiendo al pueblo en nombre de Dios—era subversivo en los ojos de muchos, en particular las mismas autoridades. Por lo tanto, su proclamación profética generó mucho conflicto y finalmente llevó a las autoridades a actuar para matarlo.

En los Evangelios, Jesús también habla repetidamente de la forma en que los líderes judíos habían matado a los profetas en el pasado (Mat 23:29-35; Luc 11:47-50; 13:33-34). Esteban también lanza esta acusación frente al Sanhedrín (Hch 7:52). La parábola de los viñadores malvados también parece estar refiriéndose a los profetas que Dios le había enviado al pueblo de Israel en el pasado cuando menciona a los siervos enviados por el dueño de la viña que los viñadores habían maltratado y matado, antes de que mataran a su propio hijo (Mat 21:33-46; Mar 12:1-12; Luc 20:9-19). Esa parábola termina con la muerte de Jesús, la destrucción de los viñadores malvados, y la cita del Sal 118:22: “La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular. Esto lo ha hecho el Señor, y es algo maravilloso ante nuestros ojos.” Después de citar este pasaje, Jesús afirma que cualquiera que caiga sobre esa piedra será hecho pedazos, y la persona sobre la cual esa piedra caiga quedará pulverizada. Según los evangelistas, los principales sacerdotes y fariseos entendieron que Jesús estaba hablando de ellos en la parábola (Mat 21:42-44; Luc 20:17-19).

Por lo general, cuando las autoridades humanas persiguen y matan a una figura profética por lo que ha dicho, casi siempre es porque ha estado acusando a las autoridades de fomentar la injusticia y la opresión, poniendo así a la gente en su contra. Por eso, buscan silenciarlo y reprimir a los que lo apoyan. En la historia reciente, tenemos ejemplos de figuras como Martin Luther King, Jr. en los Estados Unidos y el Arzobispo Óscar Arnulfo Romero en El Salvador, que fueron asesinados por su actividad profética en contra de sistemas corruptos y opresivos. En casos como éstos, los que matan a esta clase de líderes esperan no sólo callarlos sino también aplastar el

movimiento que han estado encabezando, inspirando miedo en la población para que nadie se atreva a seguir hablando en contra de esas autoridades. En los Evangelios, esto es lo que en un principio parecen haber logrado las autoridades que actuaron para matar a Jesús: la mayoría de los discípulos de Jesús se esparcieron y se escondieron de las autoridades, temiendo por su propia vida.

Sin embargo, la muerte de una figura profética también puede producir el efecto contrario: puede llenar a la gente de tanta ira, rabia, e indignación que esa gente pierde el miedo y empieza a oponerse a las autoridades o al sistema imperante con más audacia y vigor, denunciando su injusticia y maldad. De esta manera, la resistencia a las autoridades o al sistema entre la población se fortalece en lugar de debilitarse.

La muerte de una figura profética de este tipo, entonces, puede beneficiar a otros al generar mayor oposición a un sistema injusto y opresivo y las autoridades que mantienen ese sistema en su lugar. Esto empieza a ocurrir *antes* de su muerte, pues a través de sus denuncias proféticas hace ver más claramente a la gente las injusticias del sistema y las autoridades que lo sostienen, de manera que la gente empieza a buscar que la situación cambie. Aun si la muerte de la figura profética inspira más miedo que valor en la gente, por lo menos esa gente se concientiza más de su situación y de las injusticias de las autoridades y el sistema que encabezan. Esto puede llevar a la gente a buscar cambios, aunque no necesariamente por medios violentos, pues la gente puede organizarse y oponerse al sistema y las autoridades de maneras no violentas o clandestinas.

Sin embargo, lo que distinguió la muerte de Jesús de otras muertes proféticas fue, primero, que el “sistema alternativo” que buscaba establecer—el reinado de Dios— parece haber dependido de él personalmente, y no de sus discípulos independientemente de él, y segundo, que tres días después de su muerte sus discípulos llegaron a estar convencidos de que Jesús había resucitado de entre los muertos. Luego también llegaron a creer que Jesús había sido exaltado a la diestra de Dios como Mesías y Señor y que regresaría algún día en poder y gloria para establecer el reinado de Dios de manera definitiva.

En base a todas estas ideas, los primeros seguidores de Jesús dirían que Jesús había muerto “por otros” en varios sentidos. Primero, había muerto como consecuencia de su ministerio “por otros”—un ministerio que había tenido como finalidad el bienestar y la salvación de otros tanto en el siglo presente como en el siglo venidero. En otras palabras, la actividad que había llevado a cabo a favor de otros significaba que había dado su vida por ellos, pues se había mantenido fiel a ese ministerio a favor de

otros hasta la muerte, que fue su consecuencia. En sí, esa muerte—o más bien, la entrega de su vida—podía galvanizar a otros a seguir adelante con el mismo tipo de ministerio que Jesús había llevado a cabo a favor de los demás. En ese caso, su muerte sería “por otros” en el sentido de que había logrado que lo que él había empezado en beneficio de los demás continuara, de manera que se iría formando, fortaleciendo, y extendiéndose cada vez más la comunidad alternativa que él había buscado establecer en vida y muerte—la clase de comunidad por la que había entregado su vida.

Pero a la luz de su resurrección y exaltación, así como la promesa de su segunda venida, se podría decir que Jesús había muerto “por otros” en el sentido de que había buscado que Dios le permitiera seguir actuando de diversas maneras para establecer ese tipo de comunidades, y el hecho de que Dios lo había resucitado y exaltado significaba que Dios le había concedido lo que había buscado y pedido. Ahora, podía seguir sirviendo, encabezando, y dirigiendo esas comunidades desde el cielo, derramando el Espíritu Santo sobre los miembros de esas comunidades y relacionándose con ellos y ellas de maneras nuevas y distintas. Su resurrección también había servido para validar todo lo que él había dicho y enseñado, no sólo sobre la forma en que sus seguidores debían vivir, sino también sobre la venida del reinado de Dios y sobre las injusticias del sistema y las autoridades. El hecho de que Dios había resucitado a Jesús había demostrado que las autoridades que habían actuado para que Jesús fuera crucificado en realidad *no* representaban al verdadero Dios, y que el sistema imperante *no* estaba en conformidad con la voluntad de Dios. Sobre todo, su muerte y resurrección les había dado seguridad a sus seguidores de que él era quien decía ser, y que lo que había dicho sobre la salvación futura era verdad. Entonces, había muerto “por otros” en el sentido de que había dado su vida para que todo lo que acabamos de ver llegara a hacerse realidad. Los que ahora formaban parte de su comunidad de seguidores podían saber que vivir bajo su señorío sí significaba hallar la verdadera vida tanto en el presente como en el futuro, la vida de la cual Jesús había hablado y que había dicho que se encontraba en él.

La muerte de Jesús debido a su actividad profética también sería “por otros” en el sentido de que los llevaría a dedicarse a la misma clase de actividad profética. Por una parte, esto sería motivo de gozo, paz, y bienestar para ellos y ellas, pues según Jesús sólo es posible alcanzar la vida y felicidad amando a los demás de manera incondicional, igual que él y su Padre (Mat 5:10-12; Luc 6:22-23). Esa forma de vida también les permitiría a sus seguidores alcanzar el bienestar dentro de una comunidad de personas que vivirían de la misma manera, compartiendo el mismo amor, de modo

que al mismo tiempo que amaban a otros ahí también serían amados por ellos. Además, sabían que su compromiso de seguir a Jesús viviendo bajo su señorío y dedicándose a su misma labor profética dentro de esa comunidad era del agrado de Dios y resultaría en su propia resurrección a una nueva vida algún día, por lo cual podían vivir sin miedo, llenos de esperanza y valor.

Sin embargo, esa clase de vida y labor profética también llevaría a sus seguidores a sufrir persecución en este mundo por los conflictos que generaba, y en algunos casos les podía costar la vida—aunque al mismo tiempo, en otro sentido les *daría* la vida, tanto en este mundo como en el venidero, por las razones que hemos visto. Pero debido a eso, no sólo dirían que Jesús había dado su vida “por ellos” y los demás, sino también que *ellos* estaban dando su vida *por Jesús*. Estaban buscando todo lo que Jesús había buscado en vida y muerte por los demás, de manera que al servir a los demás a través de su actividad profética, estaban sirviendo al mismo Jesús y al Dios que lo había enviado. Estaban dedicándose a decir y hacer lo que Jesús su Señor quería que dijeran e hicieran, de modo que estaban entregando su vida a él al entregarse a buscar el mismo bien de los demás que él había buscado y seguía deseando ver. El hecho de que al “perder” su vida por Jesús y el evangelio y tomar su cruz para seguirle, “salvarían” su vida al encontrar la verdadera vida—aun en la muerte—significaba que Jesús había dado su vida “por ellos” en el sentido de que había muerto y dado su vida para que *ellos también* murieran y dieran su vida por Dios, por Jesús, y por los demás, lo cual no era algo *malo* sino *bueno*, pues en realidad llevaba a la *vida* y no a la *muerte*.

Esta forma de entender su vida también llevaría a los seguidores de Jesús a decir que habían *muerto con él* y estaban *sepultados y crucificados* con él (Rom 6:3-11; Gal 2:19-20; 6:14; Col 2:20; 3:3; 2 Tim 2:11). Con esto, lo que querían decir era que ya no se relacionaban con el mundo de la misma manera que antes, sino que habían muerto a su vida o persona anterior para ahora gozar de una nueva vida como nuevas personas, viviendo bajo el señorío de Cristo como miembros de su comunidad. Al dar la vida por él y por todo lo que él representaba, amando a los demás como él y con el mismo amor incondicional que él, dejaban atrás una vida que en realidad no era “vida” sino “muerte” (Ef 2:1-2) para abrazar una muerte que en realidad no era “muerte,” sino vida, debido a las consecuencias que tenía tanto en este mundo como en el mundo venidero. Aunque suene extraño, podían decir que Jesús había muerto “por ellos” en el sentido de que había dado su vida para que ellos llegaran a morir o inclusive estar crucificados *con él*, lo cual nuevamente no era algo *malo* sino *bueno*.

Como afirma Pablo en Romanos 6, se consideraba el bautismo como el momento en que se declaraban muertos y crucificados juntamente con Cristo, pues al ser bautizados renunciaban a su vida pasada, “enterrándola,” “ahogándola,” “sepultándola,” o “clavándola a una cruz,” para asumir una nueva vida y una nueva identidad. A partir de entonces, ya no serían siervos o esclavos (*douloi*) del pecado y la injusticia, sino siervos o esclavos de Dios y de la justicia.

En fin, según sus primeros seguidores, la muerte de Jesús como profeta beneficiaría a los demás de la manera que él mismo describe en la parábola de los viñadores malvados. Él o el mensaje que había proclamado se convertiría en la “piedra angular” de una nueva construcción, un nuevo templo, pues su muerte traería como resultado la comunidad alternativa de la que él había hablado, y por medio de su resurrección le permitiría no sólo seguir sirviendo a Dios y los demás para producir los frutos que Dios siempre había querido ver, sino que también le permitiría volver algún día para remover a los que insistían en oprimir a los demás desde sus posiciones de poder, “cayendo” sobre ellos como una piedra para destruir el mal para siempre.

### LA MUERTE DE JESÚS A LA LUZ DE ISAÍAS 53

Según el Nuevo Testamento, el pasaje de Isaías 53 jugó un papel muy importante en la forma en que los primeros seguidores de Jesús llegaron a interpretar su muerte. Hay ocho pasajes del Nuevo Testamento que citan directamente palabras de Isaías 53 (si incluimos Is 52:15 como parte del pasaje) para verlas cumplidas en Jesús (Mat 8:17; Luc 22:37; Jn 12:38; Hch 8:32; Rom 10:16; 15:21; 1 Ped 2:22-25; Ap 14:5). Sin embargo, sólo en uno de estos pasajes (1 Ped 2:22-25) se citan las partes de Isaías 53 que hablan del siervo sufriendo o muriendo por los pecados de los demás o llevando sus pecados. De hecho, en Mat 8:16-17, se cita Is 53:4 en relación al *ministerio de sanación* que Jesús realizaba: “Y cuando llegó la noche le trajeron muchas personas que tenían demonios; y él echó fuera los espíritus con su palabra y sanó a todos los que padecían de diversos males, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: ‘Él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestras aflicciones.’” Esto sugiere que la afirmación de que Jesús “llevó los pecados” de otros se entendía de una manera parecida: tomó encima los pecados de otros en el sentido de experimentar las consecuencias de sus pecados y sanarlos de sus acciones pecaminosas, esto es, permitirles vivir sin continuar en esos pecados. En sus epístolas, Pablo cita Isaías 53 sólo para subrayar el hecho de que no todos creyeron el evangelio (Rom 10:16-17) y afirmar que los que nunca habían escuchado de él (Jesús)

verían y entenderían (Rom 15:20-21); pero nunca utiliza Isaías 53 para afirmar que Jesús había muerto por otros o por sus pecados.

En los versículos 5 y 8 del texto hebreo de Isaías 53, así como los versículos 5 y 12 del texto de la Septuaginta, encontramos la idea de que el siervo sufrió y murió *por causa* de los pecados, transgresiones, o iniquidades del pueblo. La idea detrás de estas afirmaciones no es que el siervo haya *quitado* los pecados del pueblo ni que haya obtenido el perdón de esos pecados, sino más bien que sus sufrimientos y muerte fueron la *consecuencia* de esos pecados. Esto podía ser entendido en el sentido de que los pecados que el pueblo cometió contra el siervo causaron su sufrimiento y muerte, y también en el sentido de que él entró en medio de ellos y el “sistema de pecado” que habían generado para llamarlos a arrepentirse de sus pecados y dejar de practicarlos, y como consecuencia de haber hecho esto, sufrió y murió.

Aunque las palabras griegas no son las mismas, en Rom 4:25 Pablo utiliza la misma preposición *dia* para afirmar que Jesús “fue entregado *por causa de* nuestras transgresiones” (*dia ta paraptōmata hēmōn*). Al considerar este pasaje y otros que hablan en términos parecidos, es importante recordar que en el pensamiento judío, lo que era necesario para que el pueblo fuera perdonado y salvado era que todos *se arrepintieran* de sus pecados y que *se comprometieran a dejar atrás esos pecados* y su vida pecaminosa para vivir en conformidad con la voluntad de Dios. Esto es distinto de lo que encontramos en mucho del pensamiento cristiano tradicional, donde el problema se define en términos del *perdón* de los pecados y la *condenación* que los pecados merecen. En otras palabras, en el pensamiento bíblico, *el pueblo tiene que ser salvado, no de la condenación en sí, sino de la vida pecaminosa que trae la condenación como consecuencia.*

También es muy importante recalcar que las alusiones que encontramos en el Nuevo Testamento a “nuestros pecados” o “nuestras transgresiones” son ambiguas en el sentido de que no es claro a quiénes se referían los autores con la palabra “nuestro” o “nuestra.” Generalmente los cristianos hoy día leemos esos pasajes como si se refirieran a *nosotros*. Pero en principio, lo único que podemos afirmar con seguridad es que el autor se estaba refiriendo a sí mismo y a alguien más. Pero este “alguien más” admite de muchas posibilidades: los destinatarios de la carta, los apóstoles, el pueblo judío, los gentiles o las naciones, los que vivían en la época de Jesús o habían vivido en épocas anteriores, personas o grupos que vivían en un lugar particular (por ejemplo, los habitantes de Jerusalén), todos los creyentes de aquel tiempo en su conjunto, los creyentes de todos los tiempos, o inclusive la humanidad entera. Entonces, al leer en Rom 4:25 que Jesús “fue entregado por causa de nuestras transgresiones y resucitado

por causa de nuestra justificación,” no debemos tomar por sentado que Pablo estaba hablando de todos los creyentes pasados, presentes, y futuros, o todos los seres humanos de todos los tiempos y lugares. En este caso, por ejemplo, el versículo anterior habla de “los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro,” así que parece que aquí Pablo se estaba refiriendo a todos los que habían llegado a creer en Jesús como Señor y en su resurrección, pero no a la humanidad en general.

Muchos biblistas creen que Rom 4:25 forma parte de una fórmula tradicional que le fue transmitida a Pablo. Pero si Pablo o sus precursores tenían en mente Isaías 53 al afirmar que Jesús “fue entregado a causa de nuestras transgresiones,” en base a lo que hemos visto arriba, el significado sería el mismo: la causa o razón por la cual Jesús fue entregado a la muerte—probablemente por Dios, aunque en principio la referencia podría ser a Judas, que entregó a Jesús a las autoridades—fueron las transgresiones de los creyentes en el sentido de que sus transgresiones hicieron necesarios la venida y el ministerio de Jesús, pues sólo así podía Dios obrar en otros la transformación que deseaba ver, y la consecuencia de la venida y el ministerio de Jesús fue el conflicto que obligó a Dios a elegir entre “escatimar” o “eximir” a su Hijo de la muerte (Rom 8:32), o *entregarlo* a la muerte. Dios hizo lo segundo, no porque sólo así podía perdonar los pecados, sino porque era la única manera de crear una comunidad en la cual todos y todas dejaran de caer en las transgresiones y mejor se dedicaran a practicar la justicia como sus siervos o “esclavos” para así ser justificados. De esta manera, las transgresiones de los creyentes fueron lo que ocasionó la entrega de Jesús por parte de su Padre, así como la justificación de los creyentes fue lo que ocasionó su resurrección, pues tanto la entrega de Jesús como su resurrección habían sido necesarias para producir en ellos y ellas la forma de vida que Dios deseaba ver.

En 1 Cor 15:3 y Gál 1:4, Pablo utiliza la preposición *hyper*, que generalmente significa “a favor de,” al afirmar que Jesús murió o dio su vida “por nuestros pecados.” Sin embargo, apenas se podría traducir esa frase “a favor de nuestros pecados,” pues no murió para “beneficiar” nuestros pecados. Esa preposición no aparece en la versión griega de Isaías 53. Es posible que el significado de la frase sea “a favor del perdón de nuestros pecados,” pero como hemos visto en el Capítulo 3 de este estudio, lo que afirma Isaías 53 es que lo que sufrió el siervo produjo un cambio en la gente, y en base a ese cambio Dios le perdonó a esa gente sus pecados para así “sanar” a esa gente. Si ésa es la idea de Pablo en estos dos pasajes, entonces se podría interpretar sus palabras en el sentido de que Jesús murió debido a sus esfuerzos por crear una comunidad en la que todos y todas estuvieran comprometidos a vivir de acuerdo con la voluntad de Dios

como ésta había llegado a ser definida por medio del mismo Jesús, dejando atrás sus pecados; y en base a ese compromiso y nueva vida, los creyentes alcanzaban el perdón de sus pecados. Entonces, Jesús habría muerto o dado su vida por los pecados de los creyentes en el sentido de que su compromiso y dedicación a formar un nuevo pueblo que viviría bajo él en un nuevo pacto lo había puesto en una situación en la que tenía que elegir entre dar su vida o tratar de “salvarla” eludiendo a la muerte. Había optado por la primera de estas dos alternativas, y como consecuencia había logrado hacer posible no sólo la transformación de los miembros de ese pueblo sino también el perdón de sus pecados, pues Dios perdonaba a todos los que formaban parte de ese pueblo, viviendo bajo Jesús para ser transformados por él. Esa transformación constituía la *base* para el perdón que recibían de Dios, aunque nunca hay que olvidar que tanto ese perdón como esa transformación eran *dones totalmente gratuitos* dados por Dios, movido únicamente por su amor y misericordia.

Es posible que Pablo haya tenido en mente también la idea de que Jesús había muerto por los pecados de los seres humanos en general. Pero nuevamente, la idea no sería que la muerte de Jesús en sí hubiera obtenido ese perdón de Dios, sino que los sistemas y estructuras que habían llegado a existir debido a los pecados de los seres humanos había hecho necesario que Jesús viniera a llamar a la gente a resistir esos sistemas y estructuras que mantenían a todos en la esclavitud, y establecer una nueva comunidad en la que por fin vivirían libres, practicando el amor y la solidaridad para ya no ser esclavos del pecado sino esclavos de la justicia y de Dios. En este caso, lo que Pablo tenía en mente no era tanto los pecados de cada persona como individuo, sino más bien los pecados que había generado el sistema injusto bajo el cual todos vivían y al cual todos contribuían por su vida pecaminosa, así como los pecados que ese mismo sistema generaba entre la gente, que en muchos casos era obligada a actuar de maneras que Dios no aprobaba debido a las situaciones en las que ese sistema ponía a la gente. Pero una vez que habían sido incorporadas a la comunidad que Jesús había muerto o dado su vida para establecer, esas personas ya podían contar con la solidaridad, el amor, y el apoyo que necesitaban para resistir esos sistemas y estructuras y vivir como Dios quería; y de esta manera, gracias a Jesús y su fidelidad a la muerte a formar esa comunidad, Dios les perdonaba sus pecados a la vez que las transformaba en personas nuevas y libres por medio de su Espíritu, por medio lo que Jesús había hecho y seguía haciendo, y por medio de los demás miembros de la comunidad.

Todo esto es lo que supuestamente había hecho el siervo de Isaías 53: había entrado en un contexto en el que había violencia e injusticia y, obedeciendo a la

voluntad de Dios, había permanecido ahí, a pesar del sufrimiento, las aflicciones, y la muerte violenta que esto significaba. Pero de esta manera, había logrado que el pueblo—o por lo menos, una parte del pueblo—reconociera su pecado y volviera a Dios. Al mismo tiempo, como dice el v. 12 y posiblemente el v. 10 de Isaías 53, había intercedido por los pecadores, incluyendo los que le habían hecho mal. Sus seguidores también podían decir que, a través de su resurrección, en Jesús se había cumplido lo que dicen los vv. 10-12, pues Jesús había vuelto a vivir para ver la luz y ser prosperado nuevamente, de manera que no sólo había obtenido una “larga vida” sino también muchos descendientes, si es que se veía a los creyentes como su descendencia en algún sentido. Dios también le había dado un “puesto entre los grandes” y también un “botín” o “despojos” en la forma de muchos seguidores que antes habían sido esclavos del mal y el pecado, pero ahora eran suyos porque le pertenecían a él.

De esta manera, se podía decir que Jesús había “comprado” o “adquirido” a ese nuevo pueblo, y que el precio que había pagado para ver establecida esa nueva comunidad o pueblo había sido su vida o su sangre. También se podía utilizar el término “redención” para hablar de lo que había hecho Jesús, y lo que Dios había hecho por medio de Jesús, pues a través de su fidelidad a la muerte Jesús—y el Dios que lo había enviado—habían logrado restablecer como “suyas” muchas personas que, aunque ya le pertenecían a Dios por haber sido él su creador, ahora habían vuelto a ser suyas en el sentido de que habían dejado de vivir como sus “enemigos” para reconocerlo como su Señor y dedicarle su vida viviendo bajo el señorío de Jesucristo su Hijo.

Isaías 53 también afirma que el siervo había “llevado el pecado” de otros. Sólo se utiliza esta frase en un par de pasajes del Nuevo Testamento. En Heb 9:28, se utiliza esa frase en un contexto sacrificial, por lo cual lo veremos más adelante. También veremos más adelante el otro pasaje, 1 Ped 2:24, donde se dice que Jesús “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muertos a los pecados vivamos para la justicia, por lo cual ustedes han sido sanados por medio de sus heridas.” Sin embargo, aquí podemos observar brevemente que aquí el propósito de Jesús se define en términos de lograr que otros mueran al pecado para encontrar sanidad viviendo para la justicia. Por lo tanto, se podía decir que Jesús había llevado los pecados de otros en su muerte en el sentido de que había muerto debido a su dedicación de hacer lo necesario para que otros pudieran dejar de vivir en esos pecados para ahora vivir bajo él y el Espíritu Santo dentro de la comunidad para la cual había vivido y muerto.

En fin, es importante recordar que, en el pensamiento judío que también caracterizaba a los primeros seguidores de Jesús, de lo que necesitaban ser salvos los

seres humanos en general y los miembros del pueblo de Dios en particular era *su vida pecaminosa*, en la que vivían sumidos en pecados bajo sistemas y estructuras que sus pecados habían generado y que también los hundían todavía más en sus pecados. Su perdón dependía de que hicieran lo que dice Isaías 53: reconocer y confesar que habían seguido su propio camino como ovejas extraviadas, cayendo en transgresiones e iniquidades, para luego poder ser sanados y justificados por medio de Jesucristo, y en particular por su disposición a dar su vida para que ellos y ellas pudieran encontrar esa sanación y justificación al vivir bajo su señorío como miembros de su comunidad.

### LA MUERTE DE JESÚS COMO SACRIFICIO

Como hemos señalado anteriormente, en el pensamiento de los primeros creyentes, Jesús había ofrecido su vida a Dios pidiendo que Dios aceptara con favor a los que le seguirían cuando sus esfuerzos por llevar a otros a dejar el pecado y vivir de acuerdo con la voluntad de Dios no le dejaban otra alternativa que sufrir las consecuencias de esos esfuerzos, si en verdad quería que dieran fruto. Esto era lo que hacían los sacerdotes: presentar ofrendas ante Dios pidiendo que perdonara y bendijera a los miembros de su pueblo que estaban comprometidos a enmendar sus caminos y vivir en obediencia a Dios. Era natural, entonces, que los primeros seguidores de Jesús empezaran a hablar de su muerte como un sacrificio a favor de los demás. En su muerte, Jesús no sólo había hecho lo que hacían los sacerdotes, presentando una ofrenda a Dios a favor de los demás intercediendo ante él por ellos, sino que también había hecho de sí mismo la ofrenda. Pero en realidad, toda su vida había sido una ofrenda a Dios a favor de los demás, pues a través de su ministerio se había consagrado a hacer la voluntad de Dios llevando a otros a consagrarse a hacer la voluntad de Dios igual que él y juntamente con él, ofreciéndose a sí mismos a Dios como “sacrificio vivo” buscando el bienestar de otros como Dios quería.

Por eso, aun cuando Jesús no había sido ni sacerdote ni víctima sacrificial en un sentido literal, pues ni él ni su cuerpo o sangre habían sido ofrecidos a Dios sobre un altar en un templo, era natural que sus primeros seguidores vieran su muerte como un sacrificio ofrecido por él como sacerdote. De hecho, al ofrecerse a sí mismo, había ofrecido un sacrificio de muchísimo más valor que cualquier otro sacerdote, incluyendo particularmente al sumo sacerdote judío y también al emperador romano, el cual tenía el título y oficio de *pontifex maximus* de todo su imperio. Sin embargo, lo que hacía que fuera de tanto valor el sacrificio de Jesús no era solamente la ofrenda de sí mismo que había hecho en su muerte, sino todo lo que había hecho desde el principio de su

ministerio, pues en un sentido le había ofrecido a Dios no sólo su propia vida sino también la vida de un número incontable de personas que se ofrecerían a Dios juntamente con él y por medio de él. Y como lo que Dios anhelaba era que todos y todas vivieran de acuerdo con su voluntad amorosa para su propio bien, amándose unos a otros y amando de la misma manera a los demás, la disposición de Jesús de dar su vida para que ese anhelo divino se hiciera realidad bajo él como Mesías y Señor había sido la ofrenda más preciosa y valiosa que jamás había recibido Dios.

Ya que los sacrificios tenían el propósito de restaurar la relación del pueblo con Dios cuando el pueblo había pecado y así hacer posible que vivieran todos en paz y comunión con Dios y unos con otros, llenos de gozo y amor, se podía decir que al ofrecer su vida y las vidas de sus seguidores a Dios, Jesús había *reconciliado* a los miembros de su comunidad o pueblo con Dios. Gracias a todo lo que él había hecho en vida y muerte, sus seguidores ahora vivían en paz y comunión con Dios, que ya no tomaba en cuenta sus pecados debido a la nueva vida que su Hijo había producido y seguía produciendo en ellos a través de su disposición de entregarse en cuerpo y alma a hacer todo lo necesario para que pudieran vivir como hijas e hijos de Dios bajo él como su Señor. Nuevamente, lo que había reconciliado a sus seguidores con Dios no era *su muerte en sí*, sino el hecho de que había sido fiel hasta la muerte a la tarea que Dios le había dado de establecer el fundamento necesario para que los que le seguirían vivieran en paz y comunión con Dios y sus hermanos y hermanas en la fe como miembros de una nueva familia, teniendo a Dios como Padre y a Jesús como su “hermano mayor.”

El hecho de que Jesús había muerto de una manera violenta en la cruz también debe haber llevado a sus primeros seguidores a hablar del valor salvífico de su *sangre*. Sin embargo, es sumamente importante recalcar que al hablar de la sangre de Jesús, no tenían en mente la sangre literal que había corrido por sus venas o que había sido derramada de su cuerpo en su muerte. De hecho, aunque Jesús sin duda había sangrado al ser azotado, tener una corona de espinas incrustada en su cuero cabelludo, y ser clavado a una cruz, brillan por su ausencia alusiones a su sangre en los relatos de su pasión y muerte en los cuatro Evangelios. Los únicos pasajes que pueden ser considerados como alusiones a la sangre de Jesús en un sentido literal en los relatos de su pasión y muerte son Luc 22:44—que posiblemente no formaba parte original del Evangelio--, donde se dice que mientras Jesús oraba en Getsemaní, “su sudor era como grandes gotas de sangre que caían sobre la tierra,” y Jn 19:34, donde se afirma que salió sangre y agua de su costado cuando uno de los soldados le clavó ahí una lanza. Sin embargo, hay que recalcar que Luc 22:44 no dice que Jesús sangró, sino más bien que su

sudor *parecía sangre* al caer a la tierra. Asimismo, la sangre mencionada en Jn 19:34 sale del costado de Jesús *después* de su muerte, de manera que no puede ser tomada como una alusión a su muerte en sí.

Al hablar de la sangre de Jesús, entonces, los primeros seguidores de Jesús debían tener en mente *el ofrecimiento y la entrega de su vida*. Lo que había reconciliado a sus seguidores con Dios y los había purificado no era *su sangre en sí en un sentido literal*, como si lo que exigía Dios para estar en paz con los seres humanos y declararlos puros y limpios ante él era el derramamiento de sangre de su Hijo como víctima inocente. Más bien, la reconciliación de los creyentes con Dios era resultado de la nueva vida que había generado en ellos y ellas la disposición de Jesús de morir por todo lo que había buscado en vida hasta su último suspiro. Y lo que había buscado Jesús era una comunidad de seguidores que vivieran de una manera pura y limpia delante de Dios, amándolo y sirviéndole con alegría al entregarse a hacer su voluntad amando y sirviendo también a los demás. La forma en que había logrado este objetivo no era simplemente muriendo en una cruz, sino dedicándose durante todo su ministerio a hacer todo lo necesario para que esa comunidad pura, limpia, y santa pudiera llegar a existir y tomar la forma que él y su Padre deseaban. Sería una comunidad en la que todos y todas darían su vida todos los días en amor por Dios y los demás—en eso consiste la verdadera pureza y santidad—, dispuestos a pagar cualquier precio necesario para que otros conocieran ese mismo amor incondicional a través de una comunidad cuya característica principal era precisamente ese amor. Al dar su vida así, no sólo como individuos sino en armonía los unos con los otros, permitirían que esa comunidad prosperara, madurara, creciera, y se extendiera cada vez más hasta alcanzar a todas las naciones de la tierra. A través de su sangre—la entrega total de su vida *a* los demás y *por* los demás hasta el último momento, esto es, la ofrenda de sí mismo a Dios buscando que otros se unieran a él entregando sus propias vidas *a* los demás y *por* los demás juntamente con él, y la aceptación de Dios de todos los que asumieran su mismo compromiso de buscar lo que él había buscado—, Jesús había obtenido todo lo que había anhelado en su amor por Dios y los demás.

Sin duda, las palabras que, según Pablo y los evangelistas; Jesús había pronunciando sobre el pan y la copa en la última cena también contribuyeron a que sus seguidores vieran la muerte de Jesús en términos sacrificiales: al decir que estaba dando su cuerpo y su sangre *por* ellos al entregar el pan y la copa *a* ellos, Jesús estaba definiendo su muerte como una ofrenda voluntaria de sí mismo, y de su propio cuerpo y su propia sangre—esto es, como un sacrificio a favor de los demás—que beneficiaría

a sus seguidores, no sólo porque sería el medio por el cual se haría realidad entre ellos y otros la comunión y la comunidad para la cual había vivido y ahora estaba entregando su vida, sino porque al fundar esa comunidad y el nuevo pacto bajo el cual todos los miembros de esa comunidad vivirían, obtendría al mismo tiempo el perdón de Dios. Este perdón abarcaría tanto los pecados que los miembros de esa comunidad habían cometido *antes* de conocer a Jesús—pues Dios les perdonaba su pasado en virtud de su nueva relación con Jesús y la nueva vida que resultaría como consecuencia de esa relación—como por los pecados que seguían cometiendo, no sólo en contra de la voluntad de Dios y Jesús, sino también en contra de su *propia* voluntad, pues al vivir bajo el señorío de Jesús ellos ya no *querían* pecar, sino únicamente vivir en conformidad con la voluntad de Dios.

En base a lo que leían en las escrituras hebreas, los primeros seguidores de Jesús podían relacionar también los conceptos de la redención y la sangre con la idea del sacrificio. En la Pascua—la fiesta que había servido de ocasión para la última cena de Jesús con sus discípulos—se celebraba la liberación del pueblo de Israel de su esclavitud bajo los egipcios, y esta celebración incluía el sacrificio de un cordero (cuyos huesos no debían ser rotos) y el uso de la sangre del cordero como señal para que el ángel de la muerte “pasara por encima” sus casas sin darles muerte a sus primogénitos. La historia del éxodo también hablaba de la manera en que Dios había establecido su pacto con Israel como su “pueblo particular, su “tesoro especial,” y un “reino de sacerdotes” que le servirían como “gente santa” (Ex 19:5-8). A través de lo que Dios había hecho en Jesús, Dios había “adquirido” o “redimido” a Israel como su pueblo (Ex 6:6; 15:13; Deut 4:20; 7:6; 14:2; 26:18). Cuando el pueblo había aceptado verbalmente por segunda vez (después de Ex 19:7-8) vivir bajo el pacto que Yahvé quería establecer con ellos, Moisés también les había rociado con la sangre de becerros que le había ofrecido a Dios en sacrificio, y la había llamado “la sangre del pacto” (Ex 24:3-8). También, como vimos en el Capítulo 3, en la ley se estipulaba que se redimiera a los primogénitos, pagándole a Dios un “precio” para obtener de él lo que era suyo por derecho.

Asimismo, los primeros seguidores de Jesús podían decir que, por medio de su sangre—esto es, su fidelidad a la muerte a la tarea que su Padre le había dado de establecer la clase de comunidad que siempre había anhelado—Jesús había “redimido,” “comprado,” y “adquirido” a este nuevo pueblo de Dios que vivía como su “reino de sacerdotes,” sirviéndole como “nación santa,” pues esa fidelidad había generado el tipo de comunidad que Dios quería, y había hecho que todos los miembros de esa comunidad se vieran como posesión de Dios. Eran liberados de su esclavitud al pecado

para convertirse en “esclavos de Dios” que en realidad eran *libres por ser esclavos de Dios y la justicia*, pues vivir bajo Dios como Señor y practicar la justicia es vivir como persona libre. Dios los había redimido o comprado pagando el precio de la vida o la sangre de su Hijo, haciéndolos suyos, pues ahora al vivir bajo el señorío de Jesús reconocían que su vida no era suya, sino que le pertenecía a Dios. Esto significaba vivir bajo un nuevo pacto que también había sido sellado con la “sangre del (nuevo) pacto,” esto es, la ofrenda de sí mismo que Jesús había hecho en vida y muerte a favor de los demás. Sin embargo, hay que recalcar nuevamente que la manera en que la sangre o muerte de Jesús había redimido o adquirido este pueblo para Dios era que había sido fiel hasta la muerte a la tarea de establecer el fundamento para esta nueva comunidad, y ahora, exaltado a la diestra de Dios gracias a la ofrenda de sí mismo que había hecho a favor de los demás, seguía llevando a cabo la tarea de guiar, fortalecer, y hacer crecer a esa comunidad por medio de lo que él mismo había hecho y seguía haciendo a través del Espíritu Santo y los miembros de esa comunidad, cada uno de los cuales se convertía en su instrumento para lograr lo que Jesús y el Dios que lo había enviado pretendían ver realizado alrededor del mundo entero.

Extracto del borrador libro del Dr. David Brondos

Título provisional del libro: “La muerte de Jesús en el Pensamiento del Nuevo Testamento”

Este documento no debe ser circulado sin permiso del autor.

9 diciembre 2019

## NOTAS PROVISIONALES

---

<sup>i</sup>. See *Nestle-Aland Novum Testamentum Graece*, 28th rev. ed. (ed. Barbara and Kurt Aland et al.; Stuttgart: Deutsch Bibelgesellschaft, 2012), 836-69.

<sup>ii</sup>. On the wide range of meanings of the verb *dei* in Luc’s work, see Charles H. Cosgrove, “The Divine *Dei* in Luc-Hch: Investigations into the Lukan Understanding of God’s Providence,” *NovT* 26 (1984): 168-90.